

via mas al explicar clara, clarisimamente la forma en que hemos de amar, como hemos de poner en práctica el amor, su divino mandato, y remacha el clavo diciendo "...como Yo os he amado" de lo que se deduce que no podemos en modo alguno amar a lo loco, de modo irresponsable, convirtiendo en juego de niños una orden del Creador repetida por Nuestro Señor Jesucristo. No podemos, en modo alguno, convertir el precepto divino en una vulgar y canallesea diversión de jovencillos desocupados.

"Quien bien te quiera, te hará llorar", dice el viejo refrán y porque os quiero bien, porque os amo entrañablemente, porque os quiero como Dios ha mandado en dos ocasiones distintas, porque mi afecto hacia vosotros, hacia los casi niños casi personas mayores, es sincero y grande, me lanzo a hablaros fuerte, a llamar a cada cosa por su nombre, a decir cosas desagradables pero necesarias para asegurar vuestra felicidad.

Estais en la edad critica en que el corazón despierta a la vida, está sediento de amor, quiere conocer el mundo en diez minutos, dispuesto a correr, como caballo desbocado, en la primera ocasión que se presente. Y estas ansias de amar y de vivir os ponen al borde del precipicio. Cualquiera personita de buen palmito, de boca dulce y melosa, de labios siempre dispuestos a la lisonja, al piropeo, al juramento de amor eterno, a las más solemnes promesas y tal vez a la mentira más despiadada, os fuerzan e impelen a entregar el corazón completo, abiertamente, de la mejor buena fe, con el más plausible de los

ánimos, mas... ¿y si la otra personilla es vulgar coleccionista? Si se os presenta este caso y no sabeis sortearlo con habilidad, estais perdidos, porque en esas cosas de amores juveniles se llega a la devolución de cartas, regalos y recuerdos de aquello que nos pareció que iba a ser eterno, pero el fraude, el engaño no puede ser restituido, la herida abierta en el joven e ilusionado corazón no cicatriza jamás, vuestra alma estará enferma y vuestro ser incompleto, con el corazón mutilado, con un corazón que honradamente no puede ser entregado a nadie en las condiciones óptimas que requiere y exige el sacramento del matrimonio, con la plenitud exigida en tan solemne ocasión y para siempre.

Si llegais al matrimonio con el corazón mutilado, si a la hora de la verdad no podeis llevar a cabo el sagrado intercambio... vuestra desgracia es total, completa, irremisible, sin solución alguna por la sencilla razon de que no es posible la vida con todo nuestro yo aquí menos el corazón, del que nos quedó un girón formando parte de aquella colección maldita de Dios y de los hombres.

Si tal desgracia os llegase (Dios no lo consienta) recurriréis al disimulo, a la doblez, a la peor de las hipocresías, al más criminal de los simulacros. Con la mayor disciplina cumplireis todas y cada una de las obligaciones de vuestro estado, llevareis adelante una vida aparentemente feliz y normal, engañareis a todos, pero vuestro otro yo, vuestra propia conciencia, vuestro corazón os lo echarán en cara, os gritarán y os in-

sultarán sin descanso, os harán la vida imposible y acabarán por derrotar al yo visible, por vencer a vuestra persona aparente, por humillaros en lo más íntimo y destrozará vuestra vida y, lo que aún es peor, deshará a la persona compañera de vuestra vida que tarde o temprano llegará a conocer el fondo de la cuestión, el origen de vuestra grandísima desgracia, a la larga la desgracia de vuestro matrimonio que podía y debía haber sido feliz y completo si en los años mozos no hubiérais cometido el tremendo error de entregar vuestro corazón a cualquier persona, coleccionista de conquistas, sin alma, sin escrúpulos y sin conciencia.

* * *

—¿Qué hacer —preguntareis— en nuestros años jóvenes?

Muy sencillo: Gozad de la juventud, el "divino tesoro" que dijo no sé quién, divertios, pasado bien, sed felices honesta y honradamente, disfrutad a chorro abierto de vuestros mejores años como Dios quiere y manda, sed personillas sensatas, seres de sociedad, elementos vivos de la vida misma, pero mucho ojo con el corazón, que habeis de de ar guardadito en casa para que nadie llegue a él y mucho menos para mancharlo o deteriorarlo, y de esa bonita y divertida manera lo conservareis limpio, completo y apto, sin merma ni defecto, para cuando llegue el momento decisivo, a la hora de la verdad, el feliz momento de vuestro matrimonio.

MANUEL LOPEZ GUINEA

Delicias, 9 (Ciudad Real).

~~~~~LA BELLEZA~~~~~

La belleza es un don gratuito de Dios.

Pero entre los muchos dones de Dios, a sus ojos, la belleza no es muy estimable; pero a los ojos del mundo, sí.

En una joven virtuosa, la hermosura es como un resplandor de la hermosura del alma; en una no virtuosa es una vanidad, un peligro y a veces una inmensa desgracia.

Dice el Espíritu-Santo: "No mires el buen parecer de la mujer, ni de la mujer te enamores por su belleza".

Nosotros, los jóvenes, por consiguiente, si queremos acomodarnos al criterio de Dios, hemos de procurar no enamorarnos de ellas exclusiva ni principalmente por su hermosura; pues a veces a las mujeres, les ocurre lo mismo que a una manzana; que por fuera tiene un aspecto sano y hermoso y por dentro, puede estar podrida.

Las mujeres pueden desear ser hermosas y que, por serlo, tengan quien las pretenda, pero solo en tanto en cuanto la belleza hace más amable la virtud. Amarlas solo por ser hermosas sin otras prendas, es en nosotros una equivocación lamentable, y en ellas sin la virtud, una desgracia horrible.

En los Proverbios, el Espiritu-Santo dice algo de la mujer fatua y bella, y verdaderamente terrible, algo que nosotros no diríamos si no lo dijera El. Dice, pues: "La belleza en una mujer fatua (es decir, necia) es como anillo de oro en el hocico de un puerco". Si eso dice de la que es necia, ¿qué diría de la que es mala,

Pero Melcen es todo lo contrario, bella y virtuosa, bella y discreta, bella y amable por su modestia y su piedad. Sus ojos, puros; su sonrisa constante; su palabra, dulce; sus movimientos mesurados; su adorno sobrio y natural. Su compostura exterior es reflejo del orden interior de su alma.

¡Qué absurdos somos muchos jóvenes! Porque no solo estimamos esa hermosura del alma, sino que esa misma a nuestros ojos, afea la del cuerpo; de manera que cometemos la torpeza de preferir la belleza de las que llevan el anillo de oro en las narices. Claro que no a todos los jóvenes les ocurre lo mismo.

¡Así es el mundo: Que lo que a Dios agrada, a él le disgusta!

A. ALONSO. (Sexto Curso)